

www.elboomeran.com

RECUERDOS DE TOLSTÓI,
CHÉJOV Y ANDRÉIEV

ESTA TRADUCCIÓN PARTE DE LAS OBRAS COMPLETAS DE GORKI,
PREPARADAS POR EL MISMO AUTOR (MOSCÚ Y LENINGRADO, GIS, 1927),
Y HA TENIDO EN CUENTA ASIMISMO LA EDICIÓN DE *Vospominaniya*
(BERLÍN, KNIGA, 1923), VOLUMEN EN EL QUE GORKI REÚNE SUS RECUERDOS
DE ESCRITORES. ENTRE ESTOS RETRATOS LITERARIOS, «CHÉJOV» SE PUBLICA
DESDE 1905 (SAN PETERSBURGO, NIZHEGORODOSKY SBORNIK)
Y ES AMPLIADO EN 1923 (BERLÍN, REVISTA *Besedy*).
«TOLSTÓI» SE PUBLICA DESDE 1919, PRIMERO EN LA REVISTA *Zhizn iskusstva*
Y LUEGO, AMPLIADO, EN VOLUMEN INDEPENDIENTE EN LA EDITORIAL GRZHEBIN,
AMBAS DE PETROGRADO. GORKI EDITA NUEVAS AMPLIACIONES EN 1921
(BERLÍN, LADYZHNIKOV) Y 1923 (*Besedy*). MÁS TARDÍO, «ANDRÉIEV» SE PUBLICA EN
1922 EN UNA ANTOLOGÍA (GRZHEBIN). NUESTRO ÚLTIMO TEXTO, SOBRE LA MU-
JER DE TOLSTÓI, APARECE EN 1924 EN DOS REVISTAS, *Russkiy sovremennik*
DE PETROGRADO Y *Besedy*. CON ÉL GORKI CIERRA DEFINITIVAMENTE
LOS *Vospominaniya* DE 1923 EN LA OBRA COMPLETA DE 1927.
ENTRE LAS NUMEROSAS MANERAS DE EDITAR Y TRADUCIR ESTOS RECUERDOS,
CONTAMOS CON LA DE VIRGINIA Y LEONARD WOOLF, QUIENES EN SU EDITORIAL THE
HOGARTH PRESS PUBLICARON *Reminiscences of Tolstoy, Chekhov, and Andreev*
(LONDRES, 1934). EN FRANCIA, GALLIMARD PUBLICA LA MISMA SELECCIÓN EN
Trois russes (PARÍS, 1935). MÁS RECIENTEMENTE, DONALD FANGER HA VUELTO
A TRADUCIR ESTOS Y OTROS TEXTOS DE *Vospominaniya* EN *Gorky's Tolstoy*
and other reminiscences
(NEW HAVEN, YALE UNIVERSITY PRESS, 2008).

www.elboomeran.com

Maxim Gorki

1868-1936

RECUERDOS DE TOLSTÓI,
CHÉJOV Y ANDRÉIEV

1927

Traducción del ruso de
Yulia Dobrovolskaia
y José María Muñoz

Postfacio, cronología y bibliografía de
Lidia Spiridonova

NORTESUR

Barcelona

2009

LEV TOLSTÓI

Estos recuerdos se compusieron con las notas sueltas que tomé mientras residía en Oleis;¹ por entonces Lev Nikoláievich vivía, al principio gravemente enfermo y luego durante la convalecencia, en Gaspra.² Creía haber perdido estos apuntes tomados un poco de cualquier manera en trocitos de papel, pero hace poco reencontré unos cuantos. He incluido también una carta inacabada que escribí aún conmocionado por «la huida» de Lev Nikoláievich de Yásnaia Poliana y su muerte subsiguiente. Publico la carta sin corregir ni una palabra, tal y como fue escrita. No la termino, pues por alguna razón sé que no debo hacerlo.

M. GORKI

1. Finca del comerciante Iván Tokmakov ubicada en la península de Crimea. Tokmakov asignaba grandes recursos a fines sociales y, entre otras cosas, construyó una pensión en la que ofrecía estancia gratuita a los intelectuales indigentes que necesitaran recuperar la salud. (*Todas las notas son de los traductores salvo cuando se indique lo contrario.*)

2. Población situada en Crimea. L. Tolstói se hospedaba en la finca de la condesa S. Panina.

I

El pensamiento que, a todas luces, roe su corazón con más frecuencia que cualquier otro, es el pensamiento acerca de Dios. A veces parece que ni siquiera sea un pensamiento, sino una tensa resistencia a algo que percibe por encima de él. Habla de ello menos de lo que quisiera, pero lo piensa siempre. Es dudoso que sea una señal de la vejez, el presentimiento de la muerte; no, más bien diría que le viene de su acendrado orgullo humano. Y un poco por fastidio, porque siendo Lev Tolstói resulta ultrajante someter tu voluntad a un estreptococo. Si hubiera sido naturalista, seguro que habría formulado hipótesis geniales y habría hecho grandes descubrimientos.

II

Sus manos son asombrosas, feas, nudosas por culpa de las venas hinchadas, y pese a todo plenas de expresividad y fuerza creativa. Probablemente, así eran las manos de Leonardo da Vinci. Con esas manos parece que se pueda hacer de todo. A veces, mientras habla, mueve los dedos, cierra poco a poco el puño, y luego, de pronto, lo abre, al tiempo que pronuncia una palabra justa, sólida. Se asemeja a un dios, no a Sabaot o a los Olímpicos, sino más bien a un dios ruso sentado «en el trono de arce debajo del tilo dorado» y, aunque no sea muy majestuoso, es muy posible que sea más astuto que todos los otros dioses.

III

Trata a Sulerzhitski con una ternura femenina. Ama a Chéjov de forma paternal, y en ese amor se percibe su orgullo de creador, pero Suler despierta en él exactamente ternura, un interés y una admiración constantes que, según parece, nunca cansan al hechicero. Diría que en este sentimiento hay algo un poco ridículo, como el amor de una solterona por su loro, su chuchito o su gato. Suler es una especie de ave admirablemente libre llegada de un país lejano, desconocido. Un centenar de hombres como él podrían cambiar el alma y el rostro de una ciudad provinciana. Reventarían su rostro y llenarían su alma de pasión por una fantasía ingeniosa y plena de ímpetu. Amar a Suler es sencillo y grato y cuando observo con qué negligencia le tratan las mujeres, me siento sorprendido y enojado. Aunque, tal vez, detrás de esa negligencia se esconda hábilmente la prudencia. Suler no es estable. ¿Qué hará mañana? Quizá lance una bomba o quizá se sume al coro de los cantantes de taberna. Tiene energía para tres siglos. Hay tanto fuego vital en él que da la sensación de que suda chispas, igual que el hierro sobrecalentado.

Sin embargo, una vez Tolstói se enfadó mucho con Suler. Leopold, propenso al anarquismo, razonaba a menudo y de modo acalorado sobre la libertad del individuo, y en estos casos Lev Nikoláievich siempre se burlaba de él.

Recuerdo que Sulerzhitski se hizo con un delgado opúsculo de Kropotkin, se entusiasmó y estuvo un día entero ponderando ante todos con machacona «filosofía» lo sabio que es el anarquismo.

—Ah, Levushka, ya está bien, me tienes harto —le dijo Lev Nikoláievich, irritado—. Repites como un loro la misma palabra: libertad, libertad, ¿pero dónde, en qué reside su sentido? Si la lograras, tal y como la concibes, ¿qué te imaginas que pasaría? En el plano filosófico se abriría un vacío sin fondo, y en la vida, en la práctica, serías un holgazán, un mendigo. ¿Qué te vincularía a ti, libre según tu sentido, con la vida, con las personas? Mira los pájaros, son libres y, sin embargo, construyen nidos. Tú, ni siquiera eso, camparías a tus anchas satisfaciendo tu deseo sexual en donde fuera, igual que un perro. Médtalo con seriedad y verás, sentirás que, a fin de cuentas, la libertad es el vacío, lo ilimitado.

Frunció el entrecejo con despecho y, tras un silencio, añadió en voz más baja:

—Cristo era libre, Buda también, y ambos se cargaron con los pecados del mundo, asumieron voluntariamente el cautiverio de la vida terrestre. Y más allá nadie ha ido, nadie; conque figúrate tú o cualquiera de nosotros, ¡ni soñando! Todos buscamos liberarnos de las obligaciones ante el prójimo cuando precisamente el sentir esas obligaciones nos hizo humanos, y si no fuera por esos sentimientos, viviríamos como animales...

Se sonrió:

—Y ahora, pese a todo, razonamos sobre cómo vivir mejor. No es que haya mucho provecho en ello, pero ya es algo. Mírate tú, discutes conmigo, te enfadas tanto que la nariz se te pone morada, pero no me golpeas, ni siquiera me maldices. Si, en cambio, de veras te sintieras libre, me despacharías sin darle muchas vueltas.

Y, después de otro silencio, añadió:

—La libertad es cuando todo y todos están de acuerdo conmigo, pero entonces yo ya no existo porque todos nosotros nos percibimos sólo en las colisiones, en las contradicciones.

IV

Goldenweiser interpretaba a Chopin, lo que provocó en Lev Nikoláievich estas reflexiones:

—Un reyezuelo alemán dijo: «Allí donde se quieran tener esclavos, se debe componer la mayor cantidad posible de música». Es una idea correcta, mejor dicho, una observación exacta: la música enerva la mente. Los católicos lo entienden mejor que nadie; nuestros popes, por supuesto, no tolerarían a Mendelssohn en la iglesia. Un pope de Tula trataba de convencerme incluso de que ni el mismo Cristo era judío, por muy hijo que fuera del dios de los hebreos, y aun aceptando que su madre lo fuera, me dijo, sin embargo: «Él seguro que no». Le pregunté: «¿Y entonces qué...?». Se encogió de hombros y replicó: «¡Así es lo inescrutable!».

V

«El intelectual es como el príncipe Vladimírko de Galitzia, que ya en el siglo XII decía “con descaro”: “En nuestros tiempos los milagros no existen”. Desde entonces han pasado seiscientos años, pero los intelectuales siguen repitiendo entre ellos: “No hay milagros, no hay milagros”. Y todo el pueblo cree en los milagros igual que creía en el siglo XII.»

VI

«La minoría precisa de Dios porque ya posee todo lo demás, y la mayoría, porque es lo único que tiene.»

Yo lo formularía de otro modo: la mayoría cree en Dios por pusilanimidad, y sólo unos pocos por exceso de alma.³

—¿Le gustan los cuentos de Andersen? —me preguntó pensativo—. Yo no los comprendía cuando se publicaron traducidos por Marco Vovchok; al cabo de diez años, cogí el libro, lo leí y de pronto sentí con toda claridad que Andersen era un ser muy solitario. Mucho. Desconozco su vida; al parecer, vivía en gran libertinaje, viajó mucho, aunque eso no deja de confirmar mi sensación: era un solitario. Por eso se dirigía a los niños, aunque es erróneo lo de que los niños se compadezcan del hombre más que los adultos. Los niños no se compadecen de nada, no saben compadecerse.

VII

Suele recomendarme que lea el catecismo budista. Del budismo y de Cristo siempre habla con aire sentimental; de Cristo, especialmente mal: no hay en sus palabras ni fuerza, ni énfasis, ni una sola chispa del fuego cordial. Creo que considera a Cristo cándido, digno de lástima, y aunque, en contadas ocasiones, le admira, es poco probable que le quiera. Más bien recela: si Cristo pisara una aldea rusa, las mozas se morirían de risa.

3. Para evitar chismes he de decir que considero las obras religiosas como artísticas y las vidas de Buda, Cristo, Mahoma, como novelas de fantasía. (*N. del A.*)

VIII

Hoy ha venido a verle el gran duque Nicolái Mijáilovich, un hombre, por lo visto, inteligente. Se comporta con mucha discreción, habla poco. Es de ojos simpáticos y buena figura. Gestos tranquilos. Lev Nikoláievich le sonreía con afabilidad y le hablaba a ratos en francés, a ratos en inglés. En ruso, le ha dicho:

–Karamzin escribía para el zar, a Soloviev le salía largo y aburrido, pero Klyuchevski⁴ lo hace para entretenerse. Es astuto: lo lees y es como si halagara, pero si profundizas, ves que, en realidad, reprende.

Alguien mencionó a Zabelin.⁵

–Muy campechano. Un escriba. Trapero amateur, recoge de todo, tanto útil como inútil. Describe la comida como si nunca hubiera comido hasta saciarse. Pero es muy, muy entretenido.

IX

Me recuerda a aquellos peregrinos que se pasan la vida midiendo la tierra con sus cayados, recorriendo miles de verstas desde un monasterio a otro, de unas reliquias a otras, aterradoramente desamparados y ajenos a todo y a todos. El mundo no es para ellos, y Dios tampoco. Rezan por costumbre pero en lo más recóndito de sus almas le odian: ¿para qué nos hace recorrer la tierra de un lado a otro, para qué? Las personas son troncos, raíces,

4. Vasili Klyuchevski (1841-1911): historiógrafo ruso.

5. Iván Zabelin (1820-1908): historiógrafo ruso especializado en la Rusia antigua.

piedras, te tropiezas con ellas y a veces te dañan. Uno puede apañarse sin la gente, aunque de vez en cuando es agradable asombrar a los demás con su desemejanza, mostrar su desacuerdo.

X

«Federico de Prusia dijo muy bien: “Cada cual ha de salvarse *à sa façon*”. También decía: “Razonad lo que os venga en gana, pero obedeced”. Sin embargo, en la hora de su muerte, confesó: “Me cansé de reinar sobre esclavos”. Las llamadas grandes personalidades siempre son terriblemente contradictorias. Se les perdona junto con las demás tonterías. Aunque la contradicción no es tontería: el estúpido es tozudo, pero no sabe ni contradecirse. Pues sí, Federico fue un tipo extraño: se ganó fama entre los alemanes como el mejor de los monarcas, y no podía ni verlos, ni siquiera apreciaba a Goethe o a Wieland...»

XI

–El romanticismo surge del temor de mirar la verdad a los ojos –dijo anoche con relación a la poesía de Balmont.⁶ Suler no estuvo de acuerdo y, tartamudeando de emoción, recitó con mucho patetismo más versos.

–Esto, Levushka, no es poesía, es charlatanería, zarandajas, como decían en la Edad Media, trenzado de palabras desprovisto de sentido. La poesía es natural; cuando Fet⁷ escribía:

*... no sé qué cantaré,
la canción aún madura en mí,*

expresaba el auténtico sentido popular de la poesía. El campesino tampoco sabe lo que canta —¡oh, ea, hala!— pero le sale una verdadera canción, directa del corazón, como a un pájaro. Estos nuevos poetas vuestros se lo sacan todo de la manga. Bagatelas francesas: *articles de Paris*, eso es lo que tus poetastros traen. Nekrasov también impostaba sin parar sus versillos.

—¿Y Béranger? —preguntó Suler.

—¡Béranger es otra cosa! ¿Qué tenemos que ver nosotros con los franceses? Ellos son sensualistas; la vida del espíritu no les importa tanto como la vida carnal. Para un francés la mujer está antes que nada. Son un pueblo gastado, destrozado. Los médicos dicen que todos los típicos son sensualistas.

Suler comenzó a debatir con su vehemencia habitual, vomitando una avalancha indescifrable de palabras. Lev Nikoláievich lo observó y le dijo con una amplia sonrisa:

—Hoy te me antojas una señorita de esas a la que le toca casarse pero le falta el novio...

XII

La enfermedad lo secó también, consumió algo en él; por dentro incluso se hizo como más ligero, transparente, tolerante con la vida. Los ojos son aún más perspicaces, la mirada es más penetrante. Escucha atento como

6. Konstantin Balmont (1867-1942): poeta, traductor, ensayista, una de las principales figuras del simbolismo ruso.

7. Afanasi Fet (1820-1892): poeta ruso.

si buscara recordar lo olvidado o esperara con seguridad algo nuevo, desconocido todavía. En su retiro de Yás-naia parece un hombre que lo sabe todo y que no necesita aprender nada más: el hombre de las preguntas ya resueltas.

XIII

Si hubiera sido pez, por descontado que habría nadado solamente en el océano, sin entrar jamás en los mares interiores, y menos aún en las aguas dulces de los ríos. Aquí, en torno a él, se cobija y agita la morralla; lo que dice no les interesa, no les hace falta, su silencio no les asusta, no les importa. Y eso que su silencio es imponente, interpretado con la maestría de un verdadero anacoreta de este mundo. Pese a que habla mucho sobre sus obsesiones, se percibe que calla todavía más. Algunas cosas no se las puede contar a nadie. Probablemente son pensamientos que a él mismo le atemorizan.

XIV

Alguien le ha enviado una excelente versión del cuento sobre el ahijado de Cristo. Se lo leyó con placer a Suler y a Chéjov, ¡con qué fruición lo leyó! Puso especial regocijo en cómo los demonios torturan a los hacendados, pero hubo algo en su actitud que me disgustó. Le creo incapaz de toda falsedad, pero si era sincero, maldita la gracia.

Luego dijo:

—Así de bien se expresan los campesinos. Todo es simple, pocas palabras y sentimientos de sobra. La sabi-

duría auténtica es tan lacónica como un «ten piedad de nosotros, Señor».

Por lo demás, el cuentito es feroz.

XV

Su interés hacía mí es tan sólo etnográfico. A sus ojos soy un individuo de una tribu que le es poco conocida, y no hay más.

XVI

Le leí mi cuento «Byk» (El toro); se rió mucho y me alabó por conocer «los trucos del lenguaje».

—Sin embargo, administra usted los diálogos de forma inhábil: todos sus campesinos hablan de manera inteligente. En la vida, el modo en que se expresan es zafio, tosco, no captas enseguida lo que pretenden decir. Lo hacen a propósito: bajo la torpeza de sus palabras siempre esconden la intención de dejar que sea el otro quien se desahogue. Un campesino de verdad nunca muestra su inteligencia, no le resulta ventajoso. Sabe que al hombre de pocas luces se le acercan de modo simple, franco, ¡y es justo lo que quiere! Se abre usted ante él y al instante le descubre todos sus puntos débiles. Es desconfiado, hasta a su mujer teme abrirle su pensamiento íntimo. Y los campesinos de usted llevan el corazón en la mano y en cada relato hay como un consejo general de sabios aldeanos. Y todos y cada uno hablan con aforismos, lo que también es erróneo: el aforismo no se amolda a la lengua rusa.

—¿Y los dichos, los proverbios?

–Eso es otra cosa. No se hicieron hoy.
–Pero usted mismo a menudo emplea aforismos.
–¡Nunca! Además, lo embellece usted todo un poco: la gente, la naturaleza, ¡sobre todo, la gente! Así actuaba Leskov, un escritor amanerado y frívolo, al que ya no se lee. No ceda ante nadie, no tema a nadie, entonces todo irá bien...

XVII

En su diario, que me dejó leer, me sorprendió un aforismo extraño: «Dios es mi deseo».

Hoy, al devolverle el cuaderno, le he preguntado qué era aquello.

–Un pensamiento inacabado –dijo mirando la página con los ojos entornados–. Tal vez quise decir: Dios es mi deseo de concebirlo... No, no es esto...

Se rió, enrolló la libreta y la guardó en el ancho bolsillo de su blusa. Sus relaciones con Dios son muy confusas, pero a veces me recuerdan las de «dos osos en la misma madriguera».

XVIII

Sobre la ciencia:

«La ciencia es un lingote de oro preparado por un alquimista fullero. Ustedes pretenden simplificarla, hacerla inteligible para todo el pueblo, y eso equivale a acuñar montones de moneda falsa. Cuando la gente comprenda el verdadero valor de esta moneda, no crean que se lo va a agradecer.»

ÍNDICE

Lev Tolstói	7
Sobre S. A. Tolstaya	84
Antón Chéjov	109
Leonid Andréiev	137
POSTFACIO, por Lidia Spiridonova	205
CRONOLOGÍA	223
BIBLIOGRAFÍA	231

Títulos originales:

Лев Толстой, О С. А. Толстой, А. П. Чехов, Леонид Андреев

© Marfa y Daria Peshkova

Published by arrangement with Elena Kostioukovitch

International Literary Agency

© del postfacio y la cronología,

Lidia Spiridonova

© de la traducción,

Yulia Dobrovolskaia y José María Muñoz Rovira

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Nortedur, S.L.U.

Escipión 22 bis, ático 4ª · 08023 Barcelona

ISBN 978-84-937357-0-8

Depósito legal B-30.011-2009

Primera edición, 2009

Edición al cuidado de Domingo Rodríguez Romero

Diseño de cubierta de Llorenç Martí

Compuesto con tipos Garamond

en Víctor Igual, Barcelona

Impreso en Gràfiques 92, Rubí